



Discurso de D. Francisco Rodríguez en el acto de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Oviedo

No, no voy a comenzar mi discurso con apelación a cita alguna. Voy a hacerlo, afirmando sencillamente que la existencia del hombre va siempre acompañada por la sorpresa. Porque, ¿quién me iba a decir a mí que la Universidad de Oviedo habría de depararme uno de los momentos más gratos de mi vida, como es éste de hoy? ¿Quién me iba a decir que iba a abrirse para mí la puerta más generosa que cabe imaginar, una vez doblado el Cabo de Buena Esperanza? Gracias. Gracias, otra vez. Porque sé muy bien que no puedo pagar la entrada más que con la más honda e infinita gratitud. Gratitud que quiero extender, desde luego, a mis compañeros del Consejo Social y a mi entrañable padrino, el profesor José Mario Díaz, que, en su *laudatio*, hace una descripción llena de benevolencia sobre mis andanzas en el mundo que me toca vivir. Profesor, tiene usted mucha razón al evocar la figura de Campoamor, con Zorrilla, el mejor poeta español del siglo XIX, según Manuel Machado. Tiene usted razón, repito, al señalar la ilusión y los sueños, como los grandes motores del ser humano.

No puedo evitar el recuerdo de una música primitiva que sonaba en el salón de baile de Anleo, en el occidente de Asturias, cuando yo tenía veinte años. Eran, aquéllas, unas notas trepidantes; una forma de sonar sin tiempos muertos, e intermitente a la vez; era el efecto acústico que producían los pequeños recipientes de hierro estañado, en que por entonces se transportaba la leche, al chocar entre sí, para volcar a continuación su contenido, y dejar una estela de espuma semejante a la que producen las olas del mar, cuando terminan pacíficamente su carrera, al llegar exhaustas a la arena de la playa. Se diría que aquella música se inspiraba en el tan-tan de la alzada, y venía a significar algo así como la llamada vital que impone el ritmo del pandero, siempre presto para animar la danza. Pero, también era otra cosa: indicaba claramente que había llegado el momento de dar rienda suelta a mis primeras libertades.

Pido perdón por la rusticidad de la metáfora. Pero, bien mirada, ¿qué otra cosa es, sino una danza sin pausa, la vida de cualquier industria y las personas que la acompañan?



Es lo cierto que, desde entonces, ha transcurrido más de medio siglo; un tiempo suficiente para hacer fraguar la reflexión y para atribuir con mejor tino los valores que las cosas merecen, sin dejarse llevar por ensoñaciones ni apariencias. Durante este tiempo, me fue posible, además, pasar por África, y descubrir que en las frías noches de Ifni, al norte del Sahara, para dormir bien en el interior de un pozo de mortero, sobre la tierra pedregosa y con la bolsa de costado repleta de granadas de mano por confortable almohada, el único requisito indispensable era tener sueño. Y saber, claro está, que el oficial jefe de la posición dormía también a pierna suelta, al igual que los soldados del ejército enemigo.

Tal vez por eso, cuando oigo hablar de libertades en sentido amplio, no puedo resistirme a la tentación de repasar las mías propias, y establecer conclusiones. Y es así como creo estar seguro, sin parafrasear a Milton Friedman, de que la verdadera libertad consiste en poder elegir. Porque, después, una vez tomado el rumbo que cada uno decide, se plantea otro tipo de asuntos relacionados con las características del camino, que muy bien pueden ser otras distintas de las previstas; lo que probaría que, en ese específico caso, a la elección le faltó luz. O lo que es lo mismo, que el que decidió lo hizo libremente, pero decidió a ciegas.

Ahora bien, cuando una persona joven elige marchar en una determinada dirección, ¿lo hace siempre a impulsos de su libre albedrío? ¿O existen acaso presiones o imposiciones familiares o de otra naturaleza que terminan por condicionar la decisión? Dejo sin responder la pregunta que me hago a mí mismo ante ustedes, convencido, sin embargo, de que el destino del hombre no está escrito en sitio alguno. Porque cabe, asimismo, que a uno le impongan un rumbo, y le vaya mal. Pero también puede ocurrir lo contrario, tal y como sucedía con aquella pareja a la que se refería José María Pemán: eran marido y mujer que, porque se casaron y fueron fieles, acabaron enamorándose.

El asunto no es ni mucho menos baladí. Ni tampoco cae fuera de contexto, como a primera vista pudiera parecerlo. Estamos hoy en el ámbito de una Universidad, por lo tanto, nos hallamos nada menos que en el primer lugar transcendental elegido, en el mejor de los casos, por unos jóvenes convencidos de la necesidad de abrirse camino, estudiando lo que les gusta, lo que creen que les conviene o lo que les parece más atractivo dentro de la sociedad en que viven. Pero noten que son ellos quienes eligen la Universidad, y no al revés. ¿No les parece a ustedes que no faltan motivos para la reflexión? ¿Y si no aciertan con el camino? ¿Y si se equivocan de facultad?



Tengo, desde luego, cierto reparo a la hora de adentrarme en terrenos que no son de mi especialidad, pero el tema es sugestivo, y la ocasión lo merece. Porque está claro que todos deberíamos sentirnos preocupados, cuando se trata de poner a discusión el papel de la sociedad, y no digamos de la familia, en cuanto se refiere a la educación de los jóvenes. Y porque no tiene ningún sentido cargar sobre la espalda de la Universidad la parte de responsabilidad que no le corresponde. Un ejemplo lo constituye la falta de correspondencia que se produce con frecuencia entre el número de personas que siguen una disciplina académica concreta y las posibilidades de obtener un empleo, una vez terminada la vida universitaria.

Tenemos en Asturias la fortuna de contar con una Universidad muy solvente en materia de docencia, y que es además un ámbito académico donde existe claridad sobre este asunto. Saben bien, las personas que rigen la enseñanza superior en nuestra región, que es preciso acabar para siempre con la tradicional propensión al desdén, al menosprecio mutuo, entre el mundo académico y el mundo empresarial, como diría mi viejísimo aunque joven amigo Joaquín de Alba. El hombre de empresa debe, por su parte, acercarse sin complejos y sin traza alguna de recelo a la Universidad; y ésta debe, por la suya, entrar por la puerta de las empresas con el ánimo de hacer compatibles el indispensable saber teórico y el no menos indispensable conocimiento práctico de los asuntos que de verdad cuentan en la difícil realidad de cada día. Se trata, sin más, de poner en marcha la idea kantiana de hacer compatibles la razón pura y la razón práctica; o si lo prefieren, el conocimiento metafísico “a priori” y el conocimiento sintético “a posteriori”.

Una empresa es, en el fondo, un equipo humano. Una formación donde son necesarios los especialistas de raíz científica, pero también los humanistas. Un conjunto de hombres y mujeres en el que la ciencia vaya en lo posible por delante de la técnica, sin desdeñar nunca la condición del ser humano, que no agota ni mucho menos su esencia en lo que se ha dado en llamar desarrollos tecnológicos. De ahí que, en una empresa moderna que lo sea de verdad, la Universidad debe estar presente, tanto en la compleja fórmula que incluye la matemática, como en el discurso humano capaz de mantener vivo el necesario impulso de cada día.

Los empresarios y, sobre todo, los que, como yo mismo, venimos de largo recorrido, tenemos tendencia a sobrevalorar eso que, sin mucho rigor, se llama experiencia. Lo que si por una parte está bien, por otra, plantea el peligro de andar por la vida sin percatarnos de la rapidez con que cambian las cosas. Y es aquí, nuevamente, donde se pone de manifiesto la necesidad de contar con una Universidad que nos aporte dos



cosas: formación de las gentes y juventud de esas mismas gentes. Lo que quiere decir luz y ojos prestos a ver lo nuevo que hay por el mundo.

Toda empresa, con independencia de su progenitura, tiene vida propia. Y si, además, esa empresa se dedica a fabricar quesos, a sabiendas de que cada queso tiene a su vez su propia vida, acaba por convertirse en una especie de Arca de Noé, habitada curiosamente por seres microscópicos. Pues bien, allá no muy lejos, junto a las praderas de Navia, eso mismo somos nosotros: un recinto acotado por unas cuantas paredes en el que se cobijan y multiplican muchos millones de minúsculos organismos vivos. Perdonen ustedes el símil, aunque no es desde luego mi intención hacer comentario alguno sobre las virtudes innegables de la muy vieja Historia Sagrada. Pero creo firmemente que será difícil encontrar algo tan ilustrativo como es un simple queso para entender el porqué de la conveniencia de que quienes lo fabrican llamen a la puerta de la Universidad. Porque ¿Qué es un queso? “La eternidad de la leche”, respondería Ramón de la Serna, en una de sus célebres greguerías; “el producto de la coagulación de la leche, después de separar el suero resultante”, diría un probo funcionario de Agricultura, con el BOE bajo el brazo; “una encrucijada de cosas más densa de lo que La Celestina lo es de estilos”, podría decir yo mismo, asomándome por las alturas de Leitiriegos en uno de esos días escasos en que no flota la niebla que sube del valle de Naviego, haciendo que llueva de abajo arriba.

Pero, además, si afirmo que es preciso entender los procesos físico-químicos y térmicos necesarios para hacer un queso, estoy reconociendo, sin querer, que nos vendría muy bien, a quienes nos dedicamos a ese menester, la ayuda de la Universidad; y si digo que no sabemos gran cosa sobre el fenómeno de la coagulación de la leche por la acción de una enzima contenida en el estómago de algunos rumiantes, estoy golpeando con los nudillos en la puerta de cualquiera de los laboratorios de Biotecnología, para que nos aclaren dónde está el enigma; y si mantengo, por fin, que el ácido láctico está presente en los quesos como la sal lo está en el agua del mar, estaría señalando el papel fundamental de la química a la hora de medir lo que pasa cuando las bacterias presentes en la leche comienzan su particular función, que es la de fermentar; fermentarlo todo, directa o indirectamente. Y entonces, entonces estaría señalando de nuevo sin disimulo a las facultades de Química y Biología, para que nos echen ese cable salvador que sólo puede venir de la mano de la ciencia.

Ya sé, ya sé que desde la época romana, con Columela de cronista aventajado, han existido siempre multitud de pastores capaces de hacer empíricamente excelentes quesos. El problema, sin embargo, ha sido lograr que esos quesos hechos hoy fueran iguales que los fabricados la víspera. Además, tengo para mí que, en tiempos del Santo



Oficio, cuando, según Rodríguez Vigil, se mandaban a la hoguera, acusados de impostura, las brujas y brujos que se decían capaces de curar enfermedades, se libraron muchos de hacer análogo recorrido. Entre ellos, algunos conspicuos mercaderes que, en la obscuridad protectora del Medievo, hacían quesos sin entender que eso que hacían podía también matar. Después de todo, no está tan lejano el tiempo en que Luis Pasteur puso cierto orden en el asunto, introduciendo, igualmente en la tecnología del queso, un aparato que permitía eliminar las bacterias patógenas presentes en ese líquido blanco, el más nutritivo y, en apariencia, el más inofensivo, que sale de las apacibles vacas que daban, otrora, vida a nuestro campos. Como saben ustedes, hoy no es así, porque las vacas en España suelen estar estabuladas, esto es, malamente enclaustradas.

Pero nos quedan muchas cosas por saber; muchos problemas por resolver. En general, se trata de asuntos que caen de lleno en el ámbito de la investigación pura, antes de pasar al terreno de la investigación aplicada. De ahí que crea firmemente que sólo las universidades del mundo están en condiciones de abordarlos. Estoy pensando, por ejemplo, en el infinito campo de las proteínas lácteas, o de los anticuerpos, o de los caminos que siguen los transmisores genéticos. Señores, disculpen, pero, dicho sea sin ambages, la leche es... bueno, ya saben ustedes lo que es.

Así es que ya lo pueden entender todos ustedes. Me propongo predicar con el ejemplo. Me gustaría estrechar mucho más los lazos que existen entre la Universidad de Oviedo y la compañía que en estos momentos represento. Nos hacen falta cerebros jóvenes, cerebros capaces de proyectar hasta el infinito su afán por hacer cosas de su tiempo; mientras que los jóvenes estudiantes, por su parte, tienen la necesidad de un referente que les permita mantener el entusiasmo del que sabe que querer es en definitiva poder, cuando de aplicar el conocimiento se trata.

Quiero abrir, en este día tan señalado para mí, un recuerdo de personas gratas y que compartieron conmigo el capítulo que se me antoja esencial para entender el desarrollo de la industria láctea en Asturias a partir de la Guerra Civil.

En primer lugar, vaya mi memoria en busca de Fernando Arias, impulsor principalísimo de la producción ganadera en Asturias en aquellos años de la posguerra, en los que la recogida de la leche se hacía con vehículos dotados de gasógeno. Fernando Arias fue un ovetense de condiciones excepcionales y un industrial de primera fila, de esos que dan prestigio al lugar donde nacieron. Además, fue siempre un compañero leal, que sólo se enfadaba si alguien en España subía los precios de la mantequilla antes que Mantequerías Arias. Señalo, para que se me entienda, que ese prurito sorprendente, que sin duda lleva aparejado un alto concepto del prestigio de la marca, va camino de



extinguirse. Hoy, los precios dependen mucho más de las grandes organizaciones que distribuyen las cosas que del lugar donde emergen las chimeneas.

A continuación, no puedo dejar de recordar a Jesús Sáenz de Miera, el hombre que, desde León, trajo a Asturias un nuevo espíritu agrarista y dotó a la región de una hermosa industria, capaz de resistir con la mayor dignidad los avatares de nuestra integración en la Comunidad Europea, en condiciones objetivas nada fáciles. Jesús Sáenz de Miera tuvo algo de visionario, si se quiere, de practicante del romanticismo agrario en el marco de la política pura. Y vino a sacudirnos a todos el polvo que desprendía el despertar del campo. Fue también un hombre leal, que en su dureza a la hora de competir, jamás quebrantó las expectativas de nadie.

Vayan en tercer lugar mis palabras al encuentro de Ramiro Mon, el hombre que, megáfono en mano, movía las voluntades de quienes poblaban la ladera este de Aristébano el día de la fiesta vaqueira. Ramiro Mon, persona polifacética donde las haya, fue presidente durante muchos años de la Agrupación Provincial de Industrias Lácteas de Asturias, en aquel Sindicato Vertical de Ganadería que haríamos mal en desestimar, en un país que había logrado pasar desde dos mil millones de litros de leche en el año 1950 a los más de ocho mil millones que se producían en el momento de nuestra entrada en el Mercado Común. Ramiro Mon supo en todo tiempo hacer compatibles tres cosas: el sentido de la amistad, la defensa leal de su empresa y el ejercicio de su cargo como representante del sector. Aún lo recuerdo, plantando cara al Gobernador Mateo de Ros, con motivo de la mal llamada “guerra de la leche”, en el año 1965.

He dejado para el final a un asturiano mejicanizado, de estatura colosal, llamado Manuel Suárez, el rey de la uralita en México. Manuel Suárez dotó a su pueblo de Navia de un excelente instituto laboral, que, por entonces, constituía una novedad en España. El centro de enseñanza, al que acudieron desde el principio alumnos de toda la comarca, abrió sus puertas a comienzos de la década de los sesenta. Y su director, Domingo Alonso, se mantuvo en su puesto desde el primer día de apertura del Instituto hasta el final de la vida de la enseñanza laboral, cuando un instituto normal de enseñanza secundaria tomó el relevo. No tendría mayor trascendencia el asunto, si no fuera porque todos los cuadros de la fábrica de ILAS en Anleo salieron de aquel instituto, en el que la formación de los jóvenes se adaptó desde el principio a actividades concretas del mundo agrario, cuyo conocimiento específico era indispensable. Algunos de aquellos jóvenes están ya jubilados. El problema es que no hay renovación, porque no hay instituto que imparta aquel tipo de enseñanza. De ahí



que cuando hace unos instantes hacía yo mismo mención de la necesidad urgente de estrechar lazos entre Universidad y empresa, supiera bien de qué estaba hablando.

Pero, llegados a este punto, doy por seguro que no les extrañará a ustedes que salga a relucir la figura de ese cangués incomparable, llamado Pepe Cosmen, que rivaliza conmigo a la hora de mostrar nuestras respectivas raíces en terrenos de Leitariegos. A Pepe Cosmen, le concedió esta Universidad el título de Doctor Honoris Causa hace tres años. Fue en este mismo lugar, en una mañana fría del mes de enero de 2012. Conservo en mi memoria su excelente discurso de contestación al profesor Joaquín Lorences, una vez pronunciada la *laudatio*. Fue una pieza de oratoria construida con extraordinaria sencillez. Con la sencillez propia de los hombres grandes, que están de acuerdo con su estatura natural y no necesitan elevarse, poniéndose de puntillas. A Pepe Cosmen, le echo de menos todos los días, y particularmente, hoy. Seguro que ustedes lo entenderán.

Señores, para que una empresa funcione es necesario el concurso de mucha gente. Deseo, por lo tanto, hacer patente mi agradecimiento grande a todos los que han contribuido, directa o indirectamente, en hacer posible nuestra andadura industrial. Quiero decirles, a todos los que se esfuerzan cada día bajo el techo común, que no me pasan desapercibidas ni su lealtad, ni su dedicación plena y sin reservas. Como tampoco ignoro la atención que nos han dispensado siempre las distintas Administraciones, tanto regionales como locales, a la hora de afrontar los problemas que la naturaleza de nuestra actividad lleva aparejados, y que son de muy variopinta condición.

Señor Rector de la Universidad de Oviedo, permítame repetir en voz alta lo que mi admirado Ortega solía decir con frecuencia: “Cuando nos miran, valemos más”. Soy consciente de que, con este acto, comienza para mí una etapa distinta en la que caerá sobre mi humilde persona alguna que otra mirada no exenta de curiosidad. Porque no suele ser, en efecto, la figura del hombre de empresa la que con mayor frecuencia recibe galardones de la naturaleza del que hoy se me otorga en Oviedo. Estoy seguro, sin embargo, que nuestra Universidad desea convertir este premio, que con toda certeza muchas personas merecen más que yo, en el símbolo de una nueva e imperativa hermandad entre los dos mundos: académico y empresarial. Está, pues, claro que ha sido la Universidad la primera en hacer eso que se llama mover ficha. Y, por lo mismo, también lo está que me corresponde a mí echar mano de la mejor sensibilidad, y recoger el testigo. Lo hago, por lo pronto, a título personal. Aunque no debería parar ahí la cosa. Porque la convicción de que Universidad y empresa están llamadas a caminar juntas, hombro con hombro, está en mí tan arraigada, que la convierto en una de esas cosas por las que vale la pena pelear sin descanso, hasta convertirla en una exigencia general del tiempo nuevo.



No es mi costumbre mezclar las cosas que por su naturaleza deben mantenerse separadas. Pero sí quiero poner de manifiesto hoy, ante mi mujer y mis hijos, que como siempre me acompañan, y ante familiares, amigos y personas de nuestra casa, la profunda emoción que siento en estos momentos sobremanera gratificantes. Una emoción que me lleva a tener presentes también a los íntimos que desafortunadamente ya no están y que no es preciso enumerar, no vaya a ser que la devastadora nostalgia nos salga al paso y lo estropee todo.

Al hombre no acaba de satisfacerle nunca el papel de Robinson Crusoe. Prefiere sentirse arropado, en un mundo con demasiada gente a la intemperie. Y cuando lo logra, como es mi caso en estos instantes, no aspira a más.

Gracias, querido rector; gracias, queridos profesores; gracias, amigos; gracias, compañeros de fatigas; gracias a todos, con el alma por delante.